

FABULA ONIRICA

POZUELO

S OÑO que era un conejo con mixomatosis. Frotaba con sus patitas los ojos medio cegados, sentía cómo se ahogaba, oprimidos los pulmones por su cuerpo hinchado. Atravesaba la carretera en busca de agua; apenas podía moverse. Un resplandor de faros de automóvil se le venía encima; no podía huir... Logró despertarse jadeante y angustiado: reconoció poco a poco la habitación, con los objetos familiares convertidos en fantasmas por la luz de la farola que llegaba desde la calle. Su compañera dormía profundamente ocupando, como de costumbre, las nueve décimas partes de la cama. Hubiera querido despertarla para hablar un poco y poner una tregua entre la pesadilla y el nuevo sueño, pero sabía que era inútil: ella, dormida, era una piedra, un plomo, una cosa. Bebió un poco de agua, respiró hondo, encendió un cigarrillo que le devolvió un sabor seco y cobrizo. No se atrevió a encender la luz para no instalarse del todo en el insomnio. Comenzó a culpabilizarse a sí mismo: quizás el buchecito de whisky que había tomado mientras se adormecía viendo la televisión, o el diminuto trocito de «brie» de después de cenar. Las pesadillas vienen muchas veces del estómago. Y de una oscura connivencia entre el estómago y el cerebro, donde suelen alojarse los enemigos internos. Los dos breves sabores le habían rememorado los buenos tiempos en que era comedor y bebedor; a la culpa se unió el soberano fastidio de quien comprueba que ya no es lo que era, y tiene que estrechar cada día los límites del placer. Hay una oscura maldición en el hecho de que todo lo que gusta haga daño. Pero ¿por qué un conejo, por qué la mixomatosis? Tuvo de pronto

uno de esos rayos de lucidez que atraviesan las tinieblas del pensamiento nocturno y recordó una conversación de un par de días antes. Había encontrado a un taciturno amigo del que solía huir cuando podía esquivar su condición de pelma adherente. Era de esos que se meten en el terreno de su interlocutor para hablarle, que le sujetan del brazo para evitar cualquier alejamiento. En sus tarjetas de visita ponía, debajo de su nombre, la vieja palabra «publicista», aunque los periódicos publicaban rara vez sus escritos pesimistas y negativos; y si aún lo hacían era por su implacable sucesión de visitas, por la persecución de redactores jefes por los pasillos. «Es demasiado largo», le decía el desgraciado; y él respondía inmediatamente: «Pues lo cortamos». «Es muy duro», y él: «Lo dulcifico». Como el artículo no salía, él lo recitaba a sus amigos. «He enviado un artículo a «ABC», pero allí hay una mafia... Lo he mandado al «País» también; pero ya sabes lo que pasa en «El País», naturalmente...» El interlocutor hacía un vago «uu-uu» y un gesto de sobreentendido, sólo para evitar que el maldito se lo explicase; pero lo que en ningún caso conseguía era impedir que le recitase su artículo. A él le había ocurrido aquello, y le había tocado escuchar el apocalíptico relato del aceite de colza como agente del fin del mundo.

Se titula «Del aceite de colza a la profecía de Malaquías». He investigado la intoxicación, he hablado con médicos y biólogos, y tengo una información de primera mano. Para el aceite de colza, como sabes, no hay medicación posible. Su daño es recurrente y no perdona ni a los que creen haberse salvado. Estos van diseminando el contagio. No es sólo la transmisión de la madre al feto o al lactante, sino la del padre por vía genética. Pero hay algo más grave. La persona contagiada, que a veces no presenta ningún síntoma (puede lle-

gar a tardar hasta dos años en notar algo) irradia el mal. Ya se ha dicho que hay un diagnóstico precoz, que consiste en el análisis del aliento: se respira y se emite la intoxicación. Hay algo más que no se ha dicho: sale por los poros, con el sudor. De esta forma se crean ambientes tóxicos en los hogares, en las oficinas, los teatros, los cines... El contagio es inevitable. Al mismo tiempo hay informaciones fidedignas de que miles de litros han sido arrojados a las alcantarillas y a los retretes: muchos de los culpables, para no ser descubiertos y castigados, han tirado su aceite incluso a los ríos. Y muchas amas de casa lo han echado por los fregaderos o las bañeras. Pues bien: se ha comprobado que las depuradoras, las plantas potabilizadoras no son capaces de frenar o de impedir el paso del tóxico, que se mezcla a las aguas potables. Y a la composición de todos los alimentos. No es difícil imaginar que en unos años toda vida se habrá extinguido sobre la tierra...

—Sí, sí es difícil de imaginar.

—Te pondré un ejemplo: la mixomatosis del conejo. Hacia el año 1950 un profesor de la Facultad de Medicina de París, Armand Delille, decidió inocular la mixomatosis a los conejos que roían los cultivos de su finca; la plaga se fue extendiendo desde entonces por toda Europa y en 1981 podemos asegurar ya que los conejos van a desaparecer de este mundo. No se ha conseguido inventar o descubrir nada que detenga la enfermedad. Como se acaban los conejos, se acabará la vida del hombre sobre la tierra...

—Esto no es imaginable en nuestro tiempo. Los datos estadísticos son cada vez más favorables, el daño se está reduciendo velozmente... Y la ciencia humana es ya más que capaz de encontrar antidotos...

—¡La ciencia humana! Nadie puede dejar de plantearse si éste es un fenómeno puramente humano. Probablemente este aceite se consume

FABULA ONIRICA

desde hace años, tal vez desde hace siglos, y no ha producido este efecto nunca. Piensa en que por alguien o por alguna razón ha elegido este momento...

-¡Los rusos!

-Es una eventualidad. Recuerda que en los primeros momentos se acusó a los americanos de Torrejón. Es un disparate, porque los americanos no tienen ninguna clase de interés en envenenar al mundo occidental. Pero el instinto popular captó rápidamente que era algo producido, no espontáneo. Los rusos, evidentemente, tienen todos los medios a su alcance. Imaginate que ellos sí conocen el antídoto, y pueden evitar que el mal llegue a sus zonas, o incluso venderlo a cambio de ciertas condiciones: entrega de los países afectados, de sus arsenales nucleares... No habría ni siquiera la posibilidad de Numancias, porque serían inútiles; ni pasarían a la historia, porque la historia la podrían escribir los rusos solamente...

El supuesto publicista había agarrado ya los dos brazos de su víctima, en una especie de rigodón -el rigodón del horror- bailado en plena calle. La danza de lo inverosímil.

-No olvidemos el discurso del teniente general Fernández Posse ante Santiago: «Estamos en guerra», en una guerra sucia, inverosímil... Pero creo poder saber algo más. Siempre hay que preguntarse qué hay detrás de todo. Si los rusos han elegido precisamente este momento ha sido porque algo les ha impulsado a ello. Algo les ha echo descubrir el tóxico y su utilización, y lo que creen que es el antídoto. Pero probablemente no lo es, y ellos mismos van a caer en esa trampa que les ha tendido alguien...

-¿Alguien? No querrás decir que...

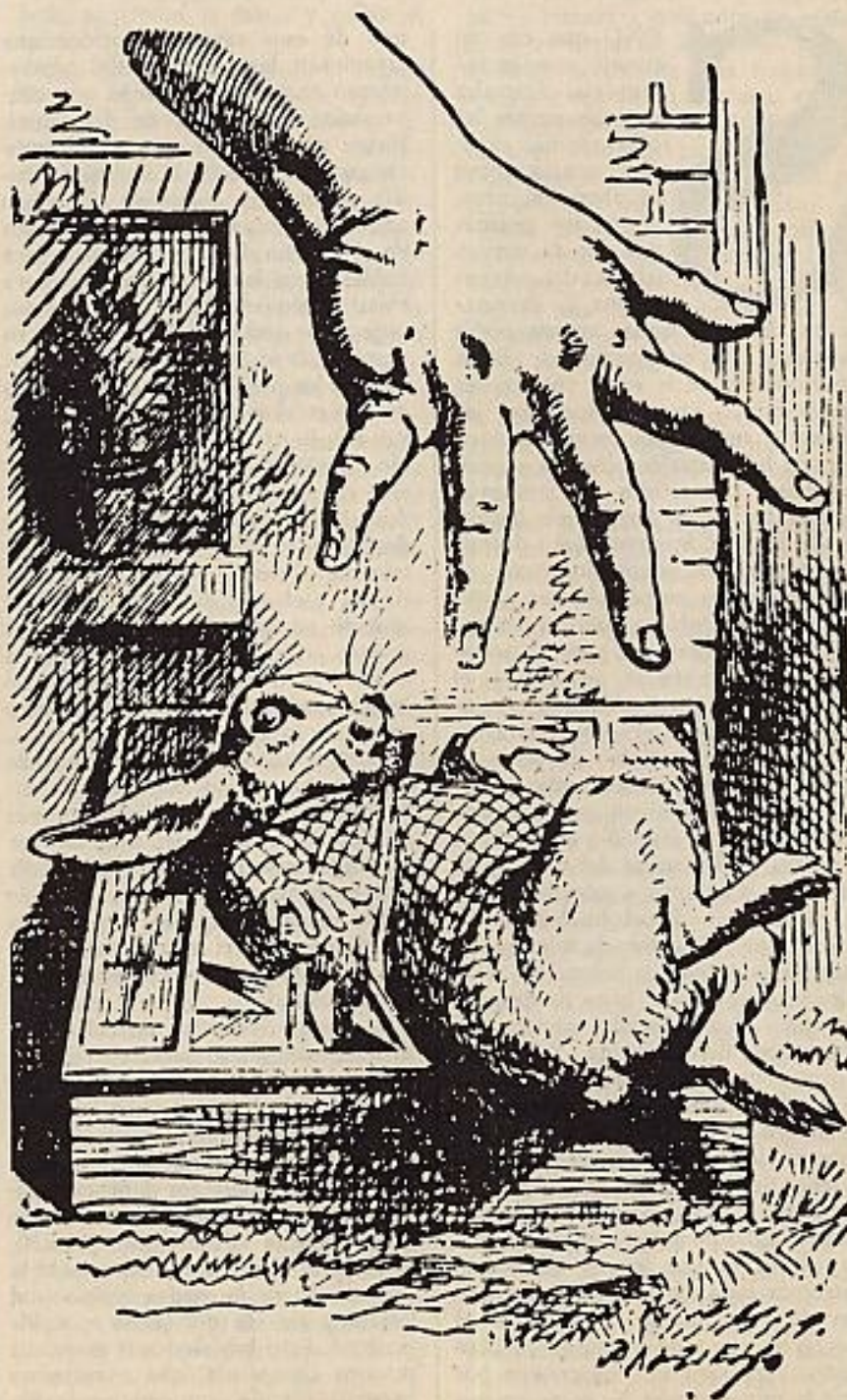
-Sí, si lo quiero decir: el demonio, su viejo maestro. Es un hecho probado que el diablo se le aparecía a Stalin en un pozo de Bakú y le daba instrucciones. No hay ninguna razón para suponer que, muerto Stalin, el diablo haya cesado su trabajo.

-Pero hay alguien por encima del diablo para evitar su acción funesta...

-¡A menos que coincida con sus designios! No se te ocultará que algunos teólogos han llegado a conjeturar que Dios y el diablo son una misma persona, un mismo ente, si quieres. Una especie de unidad ecológica que regula el equilibrio de la vida y de la muerte. Si esos teólogos han muerto generalmente en la hoguera, o en buhardillas de pobreza, es porque el gran designio había visto su secreto penetrado por ellos... Una teología popular y muchas veces culta del fin del

mundo está basada en todo esto. El aceite de colza coincide con el año 2000: debe ser el tiempo que tarde en surgir efectos sobre toda la humanidad. Si lo enlazamos con las profecías de Malaquías y con algunas leyendas menores como la de los medallones con retratos de papas en la iglesia de San Juan de Letrán, encontraremos nuevas piezas de este rompecabezas. Hacia el siglo XV algunos teólogos, como Matías de Janow y Juan Huss sospecharon ya que el Anticristo que ha de aparecer al final de los tiempos se infiltraría dentro de la Iglesia, y ha-

blaron del clero como del «cuerpo del Anticristo». Debo recordar una vez más las palabras del lúcido pensador de nuestro tiempo que es el teniente general Fernández Posse cuando le explicaba al Apóstol cómo la misma Iglesia está sufriendo estas infiltraciones en nuestro tiempo. La coincidencia de la intoxicación por aceite de colza con el atentado y extraña enfermedad del Papa Wojtyla es demasiado clara como para no ser advertida. Fácilmente se ve cómo los partes médicos de Roma y los de España tienen casi los mismo términos: una



inseguridad científica, una especie de semiignorancia ante un agente desconocido. El Papa que más se ha opuesto a la infiltración de la Iglesia, al poder del demonio y, al mismo tiempo, a los comunistas y a los rusos, se debilita cada día, se encuentra impotente para seguir la lucha. Mientras el tóxico del aceite de colza se extiende y se extiende, a partir de España... Hay que pensar, también, el significado de España en la guerra contra el comunismo. Pero aquí el demonio podría equivocarse...

-¿Cómo?

-Precisamente porque aquí hay medios de lucha. Todavía es tiempo de detener el mal. Una dictadura que contuviera la infiltración, unos campos de concentración, una buena censura de Prensa que impidiera que escribiesen articulistas disolventes y dejara su lugar a los buenos pensadores, a la gente como yo, sería probablemente una solución. Costaría mucho trabajo, muchas vidas humanas, pero podría ser el último gran sobresalto...

-¿Para salvar a todos?

-Quizá no. Pero al menos para que los españoles llegaran al fin del mundo en un cierto estado de gracia que permitiese su salvación, que es lo que importa...

La víctima se encontraba ahora acalada contra la pared de un edificio, casi aplastada por el cuerpo del pesado verdugo. Sólo pensaba en su salvación inmediata, en poder huir. Tuvo una idea salvadora:

-Atiende, me parece que por ahí va el director de «El Alcázar» -dijo, señalando una lejana figura que ni se parecía al designado-. Si corres, le alcanzas. Le explicas tu artículo, y estoy seguro de que lo publicará inmediatamente. ¡Es tan lógico!

La presión de las manos se aflojó inmediatamente.

-¿Cuál dices?

-¡Aquel, aquel! ¡Corre, que se escapa!

El pesado emprendió una veloz carrera hacia la víctima inocente que le enseñaban.

Ahora el insomne recordaba la escena. La mixomatosis, los conejos... Al recordar la fuente de su pesadilla,



al encontrar la clave, le iba volviendo una tranquilidad freudiana. Ahora sonreía al recordar al pobre frenético paranoico, metido en su delirio erudito científico. La habitación recobraba su apariencia; los objetos volvían a ser siluetas conocidas. Acarició suavemente el desnudo dormido de su compañera, trató de recuperar algo de espacio para sí mismo. Le volvió el soporcillo perdido: poco a poco, se durmió.

Y soñó que era un conejo. Un importante, un sano y robusto conejo. Entraba solemnemente por una madriguera y llegaba a una gran cueva llena de conejos: en lo alto había una brillante imagen de un conejo blanco, en la que le pareció reconocer al de Alicia. Era el apóstol de los conejos; y él tenía que hacerle la ofrenda anual. Al pie del estrado, se irguió sobre sus patas traseras, entre el recogimiento de sus congéneres:

-Aquí estamos, una vez más, como cada año, para contarte nuestras desdichas, nuestras esperanzas, nuestras peticiones. Corremos, Señor, de un lado a otro para triscar en los prados, para comer nuestras hierbas y fecundarnos incesantemente. Sabemos quién es la raposa, la sombra del vuelo del águila sobre nosotros, la silueta del cazador armado. Son, como siempre, nuestros enemigos. Nos han dicho que es el orden natural, y sólo lo hemos aceptado con la esperanza de que un día cambie ese orden, que jamás hemos dejado de considerar injusto. Pero últimamente

están sucediendo cosas excesivamente desagradables, mucho más desagradables que hasta ahora. Nos están envenenando. Con la mixomatosis o con el aceite de colza. Nos están amenazando con sus bombas de neutrones. Y, sobre todo, nos están describiendo como bestias feroces. Como son incapaces de cazar a la verdadera bestia, como le tienen miedo y no saben enfrentarse con ella. Han dicho que nosotros, los conejos, somos los feroces. Ya no nos matan con la sana alegría de comernos, como antes, sino diciendo que somos nosotros los que les queremos comer a ellos; no les basta con hacernos la guerra eterna de los de su especie, sino que dicen que somos nosotros los que hacemos la guerra contra ellos. No se atreven a decir que son cazadores, aves de rapina o serpientes, sino que dicen que quieren salvar su especie de nosotros los herbívoros. Niegan que somos herbívoros. Proyectan sobre nosotros su voracidad, su arte de tramposos, sus lazos; comienzan a quererse ver en pepitoria, como nos han visto siempre. Nos llaman inmorales porque nuestras costumbres son libres. Se han vuelto más locos de lo que estaban. Están aterrados porque somos pacíficos, herbívoros, tranquilos y amatorios, y nos ven en sus delirios tal como se ven ellos mismos en el espejo. ¿Qué podemos hacer, Señor?

Y desde lo alto se oyó una voz que decía, simplemente:

-Dejad de ser conejos. ■ Dibujos de John Tenniel, el primer ilustrador de «Alicia».

